

la Emperatriz, Nuestra Augusta Esposa, sea la que se encargue desde Luego de la Regencia del Imperio.

"Mi actual Ministro de Estado, en su caso, ó el Ministro respectivo, se encargarán de la ejecucion de este decreto.

"Dado en el Castillo de Miramar, á diez de Abril de mil ochocientos sesenta y cuatro.—*Maximiliano.*

"A mi Ministro de Estado D. Joaquin Velázquez de Leon.

"Por mandato de S. M. I., *Joaquin Velázquez de Leon.*"

## NUMERO 6.<sup>o</sup>

Recibimiento á Maximiliano en Méjico.

A las nueve de la mañana del once de Junio, salían por la garita de San Lázaro de la ciudad de Méjico ciento setenta y tantos carruajes, conteniendo lo mejor que en hermosura, en ciencia y posicion social contiene la capital del Imperio. La comitiva se dirigió al llano de la hacienda de Aragon, por donde debían pasar SS. MM. Al llegar á este lugar eran más de doscientos los carruajes, todos particulares, y los lacayos vestían lujosas libreas. En el punto convenido por la comision encargada de organizar la comitiva, se detuvo ésta, formándose en ala los carruajes: los de las Señoras, que eran abiertos, á la derecha, y los de los caballeros á la izquierda, colocándose en el centro la carroza de gobierno tirada por cuatro soberbios frisonos. Esta era para SS. MM. A la comitiva se agregaron cerca de quinientos ginetes de lo más florido de la juventud mejicana. A las diez y media de la mañana llegó la caravana al Llano de Aragon, y colocada en el orden que hemos dicho, aguardó á SS. MM. Una comision de ginetes, presidida por el Sr. D. Felipe N. del Barrio y Rengel, conde de Alcaraz, se adelantó á anunciar á SS. MM. que la ciudad de Méjico, representada por multitud de Señoras, propietarios, co-

merciantes, abogados y hombres científicos, aguardaba en el Llano de Aragon á los ilustres monarcas, nuncios de la Union y de la Paz. El Sr. Barrio manifestó que SS. MM. deseaban que la calesa que les estaba preparada, se adelantase para entrar en ella. El carruaje se adelantó. La comision había dispuesto que al llegar SS. MM. al Llano, se apeasen las Señoras y caballeros, poniéndose en pié delante de su carruaje, y que la comision encargada de presentar á SS. MM. el voto de gracias de la ciudad, sería la que se adelantase hasta la carroza imperial. Apénas apareció en el llano la ilustre pareja, cuando Señoras, caballeros y ginetes, como impulsados por un movimiento irresistible, se dirigieron á encontrar á los ilustres viajeros en medio de los víctores y aplausos á SS. MM., al Emperador de los franceses, al Rey de los belgas, agrupándose toda aquella escogida multitud en derredor de la carroza imperial. S. M. el Emperador se dignó ponerse en pié dentro del mismo carruaje, y con su sombrero en la mano, saludaba á todos los que le victoreaban. S. M. la Emperatriz, con la sonrisa en los labios saludaba á las Señoras. Hubo un momento en que el entusiasmo rayó en delirio: fué necesario que el Sr. Elguero suplicase á la concurrencia que suspendiese un momento sus aplausos porque la Comision iba á hablar. El muy respetable Sr. D. Luis G. Cuevas, presidente de la Comision, fué el fiel intérprete de los sentimientos de la ciudad de Méjico para con SS. MM., y puso en manos del Emperador el voto de gracias, que los habitantes de la capital del Imperio le dirigían por haber aceptado el trono. Dicha manifestacion estaba colocada en una elegante pasta de carey, llevando en un lado incrustadas las armas imperiales y en el otro la dedicatoria. El voto de gracias de las Señoras mejicanas fué presentado á S. M. la Emperatriz por las Sras. Doña Carlota Escandon, Doña Leocadia Molinos de Arango, y por otra Señora cuyo nombre no recordamos. No pudimos oír la alocucion

del Sr. Cuevas ni la contestacion del Emperador; pero sabemos que S. M. contestó en términos afectuosos y benévolos hácia los mejicanos. Vimos que estaba conmovido, y sabemos tambien, que indicó al Sr. Cuevas que las Señoras corrían peligro de ser atropelladas por los caballos de los ginetes, que fuera de sí por el entusiasmo, se confundieron con la comitiva de á pié. El Sr. Cuevas manifestó que SS. MM. estaban al rayo del sol, y que por lo mismo suplicaba á la concurrencia que se abriese para que los ilustres monarcas siguiesen su camino. Así se verificó, atravesando SS. MM. en medio de la buena sociedad de Méjico, en cuyo centro tuvimos el gusto de contemplarlos por algunos momentos. Rodeaban la calesa imperial los Señores Cuevas, Florez y Elguero (D. Hilario), que formaban la Comision, y además los Sres. Larrainzar, Vértiz (D. Juan), Vértiz (Dr. D. José María), Muñoz Ledo, Echeverría (D. Antonio), Segura (D. Sebastian), y otras personas notables, cuyos nombres no recordamos. Entre los ginetes pudimos distinguir á los Sres. Barron, Escandon, García Icazbalceta y otros. SS. MM. siguieron su camino para la villa de Guadalupe de Hidalgo en medio de los víctores y aplausos, llevando tras sí los doscientos carruajes de que hemos hablado, y los quinientos ginetes les sirvieron de escolta. Así es como la ciudad de Méjico saludó por vez primera á nuestros augustos soberanos. SS. MM. estarán ya convencidos por sus propios ojos, de que el voto de la Asamblea de Notables que hace un año les ofreció el trono de Méjico, es el voto verdaderamente nacional.

La villa de Guadalupe, engalanada de cortinas y vários arcos, no podía contener el gentío que ocupaba sus calles, plazas, azoteas y campos vecinos. Tropas francesas y mejicanas formaban valla hasta la Colegiata.

A las dos de la tarde, el estampido del cañon y los repiques á vuelo anunciaron la aproximacion de SS. MM., y el gentío que ocupaba el centro de la villa se adelantó á

su encuentro victoreándolos. Bajo el arco inmediato á la estacion del camino del hierro, recibieron á los Monarcas las autoridades políticas y municipales de Guadalupe y los Señores Prefectos político y municipal y el Excmo. Ayuntamiento de Méjico. Desmontaron allí SS. MM. y fueron tambien recibidos bajo palio por los Ilmos. Sres. Arzobispos de Méjico y Michoacan, Obispo de Oajaca, Abad y Cabildo de la Colegiata, yendo hasta el templo á pié y circundados de inmenso gentío, que no cesó un punto de saludarlos y poblar de aclamaciones el aire, cada vez con mayor entusiasmo. Ni un punto cesaban tampoco Sus Majestades de corresponder afablemente á las manifestaciones del cariño popular, tan generales cuanto sinceras y espontáneas.

En el templo, esmeradamente adornado é iluminado, una excelente orquesta hizo oír sus melodías á la entrada de SS. MM., quienes ocuparon el trono erigido en el presbiterio, haciendo patente su piedad religiosa. El Ilmo. Señor Lavastida, acompañado de los demás prelados presentes, entonó el *Domine salvum fac Imperatorem*, y terminada la ceremonia, SS. MM. pasaron, seguidos de multitud de personas, por la sacristía, á la parte alta del edificio del Cabildo.

Reunidas en una de las salas las autoridades todas, anuncióse la salida de SS. MM., á quienes victoreó tres veces la concurrencia. Tomando entónces la palabra el prefecto político de Méjico, Sr. Villar y Bocanegra, dijo:

"Señor: Al pié del portentoso cerro del Tepeyac, y dividiéndonos sólo una pared del templo en que se venera á la protectora y Madre de los mejicanos, la Virgen Guadalupe, se presentan el Prefecto político del primer Departamento del Imperio, el Prefecto municipal de la gran ciudad de Méjico, su Excmo. Ayuntamiento, el Ilmo. Señor Arzobispo y demás autoridades, llenos todos del más

grato placer y rebotando sus almas de alegría ante sus amados Soberanos, dándoles el parabien por su feliz arribo á las puertas de la ciudad en que está erigido el trono que es han levantado los mejicanos. Me faltan expresiones para manifestar á la vez nuestra gratitud, porque abandonando otro trono, riquezas, patria, padres, hermanos y amigos, compadecidos de nuestra desgracia, se han dignado VV. MM. venir á procurar hacernos felices, y salvarnos de los males que nos conducían á desaparecer del catálogo de las naciones. Por sólo informes y papeles conocieron VV. MM. la voluntad de un pueblo que les aclamaba, y hoy personalmente están viendo que no se les engañó, y que desde las playas de Veracruz hasta las puertas de la capital, todos aclaman á sus Soberanos, no teniendo límites el entusiasmo. Con él seguiremos los mejicanos hasta el fin; y protesto, Señor, en nombre del Departamento que es á mi cargo, que todos obedeceremos y ayudaremos á los monarcas que por aclamacion nos hemos dado. ¡Salud á SS. MM. II!"

Repitiéronse los vivas de toda la concurrencia, y siguió un profundo silencio porque S. M. el Emperador hablaba: "Vivamente conmovido—dijo—por la entusiasta acogida que he recibido en todas las poblaciones de mi tránsito, mi emocion y mi gratitud adquieren mayor intensidad al hallarme á las puertas de la capital, viendo reunidas para felicitarme á sus principales autoridades, en un lugar tan respetado y querido para mí y para la Emperatriz, como para todos los mejicanos. Admito complacido vuestras felicitaciones, y os saludo con la efusion de quien os ama y ha identificado su suerte con la vuestra!"

Méjico, la capital del Imperio, la ciudad que siempre se ha distinguido por sus ideas de orden y de sincero desinteresado patriotismo; el núcleo de la sociedad sensata de donde había salido la idea salvadora de monarquía, esperaba con plausible y justa ansiedad la dicha de recibir en

su recinto, á las augustas personas que llenas de abnegacion heróica han renunciado su patria y á las grandezas que en ella disfrutaban, por el noble y cristiano anhelo de hacer la felicidad de una nacion desgraciada que, rotos los ejes del órden que la sostuvieran, rodaba á su disolucion completa, y hubiera desaparecido del catálogo de las naciones, si la Providencia, compadecida de sus hijos, no le hubiera destinado para salvarla, la mano del ilustre Soberano que felizmente rige los destinos de la patria.

No bien el Excmo. Ayuntamiento de Méjico publicó el programa en que indicaba las calles por donde Sus Majestades habían de pasar, cuando ya todas las personas trataron de contar con un sitio seguro para tener la dicha de verlos. Los balcones de las calles de Plateros, Vergara y San Andrés, fueron alquilados á precios fabulosos, llegando á valer por sólo ese instante de la entrada, desde cien hasta quinientos pesos cada uno. El camino de Morelia, de Toluca, del Interior y de todos los puntos del Imperio, era un cordon no interrumpido de gente que en carruajes, á caballo y aún á pié, venía á la capital, ávida de presenciar el acto solemne de la recepcion de sus monarcas, siendo tal la afluencia de forasteros en Méjico, que no encontrando ya posada, ni ménos donde alojarse, tuvieron que tomar habitaciones en lo más retirado de la ciudad y á precios sumamente exorbitantes.

El domingo doce de Junio de mil ochocientos sesenta y cuatro fué el dia grande de Méjico. Hacía un año y un dia que se había promulgado solénnemente el decreto de la Asamblea de Notables proclamando al Imperio y al Emperador. Los habitantes de la capital que habían escuchado asombrados aquel decreto, y habían aguardado su realizacion con una dulce esperanza mezclada de recelo y de duda, vieron aquel dia entrar por sus engalanadas calles al Soberano y á su Esposa, entre las aclamaciones de la multitud que los contemplaba como enviados del cielo.

Todo aquello habia parecido un imposible, un sueño, una quimera; y era sin embargo una realidad.

La ciudad se había vestido espléndidamente para recibir dignamente á sus Soberanos. Era la novia ataviada con sus más preciosas galas y ricas joyas, esperando risueña y henchida de júbilo al prometido de quien esperaba la felicidad. En Palacio las puertas se veían adornadas de bellísimos arcos, dorados de exquisito gusto, y en los balcones se ostentaban ricas colgaduras con los colores del pabellon nacional. Sobre cada una de las tres puertas de entrada, se veía un retrato al óleo del Emperador. Los edificios de la Diputacion, Correos, Aduana y Minería y todas las calles, pero muy especialmente las del tránsito de Sus Majestades, estaban brillando de cintas, colgaduras, coronas, flores y banderolas.

Poco ántes de penetrar en la primera calle de Plateros, se elevaba en la Plaza de Armas un suntuoso arco dedicado al Emperador; arco majestuoso, de órden romano, de bellísimas proporciones, que revelaba inmediatamente las hábiles inteligencias que lo concibieron y lo llevaron á cabo. En ese arco lucen cuatro hermosas columnas de bellas proporciones, y en los intercolumnios se descubren, en relieve, la alegoría de las ciencias y de las artes. Sobre el cornisamento se admira un friso donde van representadas, en bajo relieve, la Comision de Miramar y la Junta de Notables: sobre ese acabado friso, que sirve como de zócalo, se destaca la estátua del Emperador, de tres y media varas: á su derecha tiene la figura que representa la Equidad, y á la izquierda la Justicia; ambas de un mérito sobresaliente y de gran efecto.

Imposible es dar idea del adorno de todas las calles. La primera de Plateros, de que se hizo cargo la Comision de San Luis de Potosí; la segunda de Plateros, que representaba al distrito de Tulancingo, y la de Vergara que correspondió á los guanajuatenses, fueron de las mejor adorna-